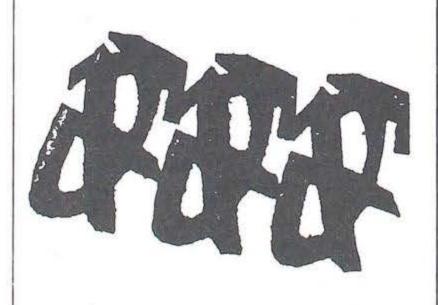
Entra, cierra la puerta que deja ver dos grandes letras W.C. "y suena estruendosamente el vaciar de un sanitario, mientras Chila se pasea solitaria por toda la ciudad".

Concluye la obra, y uno evoca al decir de Artaud: "la escritura es una cochinada", y la escena quinta de Las puertas, donde Ismael cruza la tercera puerta y encuentra un espejo de cuerpo entero con un letrero encima: "Este soy yo ante mi cliente". La luz se va mermando, lo mismo que el ruido, e Ismael, tras cavilar un poco, "se mira por última vez al espejo y se palpa el rostro, luego lo acaricia" (pág. 53). Todavía tendría oportunidad de verse reflejado en el agua del sanitario tras cruzar la séptima puerta, antes de... y vaciar.

La obra sobre J. A. Galán y la insurrección comunera es puro teatro, a saber: representación de los poderes al servicio de la institución, aunque sea a través del conflicto y la oposición: "¡Viva el Rey, muera el mal gobierno!" (pág. 100). A una distancia de doscientos años del movimiento comunero, el autor reproduce, representa el cuadro, de una manera que le hace a uno recordar a Marx: "La historia se repite dos veces, una vez como tragedia y la otra como farsa", pensando tal vez no en Galán como en Policarpa Salavarrieta, de padres oriundos de Santander y comuneros, quien nace trece años después de ajusticiado Galán.



"Galán: ¡La libertad importa más que la vida y la libertad nos pertene-ce" (pág. 114, escena cuarta). En la escena diez, Galán, enjaulado, dice a Manuela: "(...) rompa las cartas donde

leyó mi destino cuando estaba repleto de vida, ahora vacío. No hay mayor desgracia que un destino vacío..." (pág. 155). La escena concluye cuando Galán, cerca del patíbulo, ve salir a Teresa, su esposa, llorando, y dice: "Prefiero que llore. Su delicadeza me trastorna, Teresa..." (pág. 157).

Las últimas palabras de Galán: "Ya las palabras son hechos. El tambor redobla y el hacha se levanta con su brillantez, las sogas están enmantecadas, los lamentos cesan y el tiempo está esperando la partida que dará mi cabeza al rodar por este patíbulo" (pág. 159).

"[...] y el tiempo está esperando la partida que dará mi cabeza [...]".

En la escena quinta, clama Manuela (Beltrán): "¿Hay quién se oponga a la defensa de la renta del tabaco?", a lo que el Tumulto responde: "¡No!" (pág. 101).

Repleta de Hombres y Voces, la obra es una representación pura, la lengua asociada a los Hombres un discurso político, de cartón, discurso de acto público al final del año lectivo, como corresponde a una representación, lengua muerta desde que es, justo, la del poder, chapetón o realista de la época, lengua en boca de Manuela viendo a Galán enjaulado cerca del final: "Rústica jaula enriquecida con el alma más noble del universo [...]", a lo que Galán replica: "Manuela, noble cigarrera..." (pág. 154), Teresa, por su parte, repunta: "[...] sin pensar que así lo harían más grande y a ellos más ruines porque se mancharán con el carmesí de su sangre" (pág. 156).

Tómese a la letra el parlamento de Manuela en esta misma escena diez: "[...] para el enemigo, su merced es una hiena herida, para nosotros, la pasión por la libertad e independencia enjauladas..." [pág. 154, el subrayado es mío].

Aparece lo que desde el punto de vista de la creación no importa, y lo que sí importa ha desaparecido, ocluido, barrido por la representación, lo íntimo, cotidiano-real-actual, que atañe sobre todo al hombre, al revolucionario, la pasión entera de Pola por Alejo Sabaraín, para decirlo en breve.

RODRIGO PÉREZ GIL

## Buscando

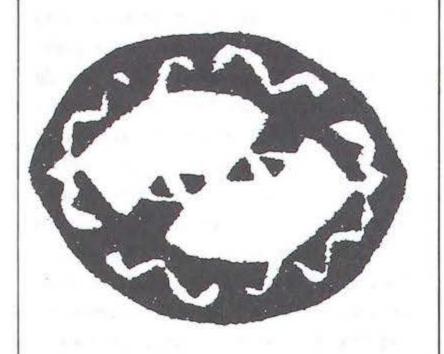
Buscando una muchacha Wilealdo García Charria Ediciones Autores Antioqueños, Medellín, 1989, 110 págs.

Wilealdo García juega con el ocho. Ocho textos cortos, historias simples con nombres largos, donde busca el lenguaje para expresarse. En esa búsqueda recorre caminos diversos, por unos está a punto de llegar, por otros no llega, por los otros se tropieza pero sigue.

El personaje de sus textos es ese hombre solitario, niño ingenuo, que en Combate de la ecuación sin resultado es Tacitumo, en otros es el estudiante irresponsable, descreído y sobre todo iluso, y en la mayoría está habitado por el desamor. A este hombre niño, las mujeres lo persiguen, lo buscan, lo seducen, lo acorralan. El no quiere, no sabe si quiere o no quiere. Tiene miedo de su deseo. Las mujeres lo abandonan.

Para expresarse, Wilealdo García busca, y ese es el valor de esta publicación. No agota ninguna posibilidad, lo ensaya todo. Marina es un breve pasaje lleno de sensualidad. Es un extenso diálogo que nos remite al comienzo de aquella novela de Cepeda Samudio. Sólo que aquí García Charria abusa de los entre paréntesis que contienen la descripción de la escena. Produce una sensación de cansancio, por ser muchos y muy largos al principio. Lo hacen pesado, y se pierde ese velo de candor que logra alcanzar cuando al fin terminan los paréntesis. Sin embargo, el texto se viene abajo con la última frase, con la última palabra.

Todo lo contrario de Marina, en Novia mentirosa mía que no volvio para llevarme el intento es narrar. El es un niño engañado y le habla a ella, palabras apretadas, difíciles de leer por el manejo extraño de la puntuación. Se sienten necesidades de puntos aparte, o diálogos, o aire para refrescar los momentos poéticos a los que llega.



Así como Wilealdo García busca el lenguaje, busca la muchacha. En Bus-cando una muchacha, cuenta en primera persona de manera simple lo que hace, lo que piensa, nada trascendental, todo vulgar y cotidiano. Esa manera de puntuar, de ordenar ideas y palabras tiene un orden cuyo ritmo no logro encontrar.

"No poco fue el barullo que armó para que en clase le permitieran tener a su par de animales en sexto. También el setter irlandés de Silvia que cada vez que iba yo a su casa, enorme, me ponía sus enormes patas delanteras, Lucas querido, con su enorme hocico amistosamente abierto, sobre los hombros, mortal allí presente tieso de terror. Y el pobre Waldo en especial. De la eximia y nunca bien extendida estirpe de los pastores alemanes" (pág. 42). Entiendo que para desordenar el orden se necesita primero conocer el orden.

Las búsquedas también son visuales, en Tengo una bonita bala de plata, nena, para tu bonita frente, con el tema del desamor, narra en primera persona el encuentro con su amigo salido de la cárcel. Algunos párrafos están impresos con tinta más negra y entre paréntesis; parecen reflexiones de la voz interior del amigo o estados de ánimo, pero éstos también aparecen en los textos con la otra letra. Parece haber una intención que no logro descubrir en los cambios visuales, al igual que en La Luna será llena hoy justo a las 8:41. Aquí también utiliza las letras oscuras para expresar ideas, palabras, pensamientos, imágenes, algunas, pero ¿cuáles? ¿Con qué intención?

Este texto, el más largo, está lleno de la descripción de escenas cotidianas, hasta la minucia. También vienen los recuerdos de la mente discursiva y él como un espectador de todo aquello que ocurre en su pensamiento. Al final él está en el mismo espacio donde comenzó, todavía fumando.

Como un caballo blanco bajo la lluvia está contado también en primera persona. Aquí logra la narración, hay coherencia y crea un suspenso lento con la imagen del caballo blanco tras la ventana como representación. Es igualmente el tema del desamor en el niño eterno, donde ella es la culpable de su sufrimiento.

Estos textos hablan en todo sentido de la búsqueda, la búsqueda del amor o de la muchacha o del sexo. Está presente lo cotidiano como encontrando en ello la forma de llenar el vacío. Son búsquedas de lenguaje, de ritmo, de la expresión de su voz. Esa búsqueda es abusiva en el sentido de usar de más los elementos que encuentra, que, en lugar de enriquecer, enriquecen demasiado, como en Combate de la ecuación sin resultado, el más malogrado en todos los sentidos, incluyendo el tema, de los ocho textos que conforman Buscando una muchacha.

Wilealdo García Charria ha sido ganador de concursos de cuento y de poesía. Ha trabajado en el taller de la Biblioteca Pública Piloto. Este es su primer libro publicado.

DORA CECILIA RAMÍREZ

## Winnesburg, Medellín

La vieja casa de la calle Maracaibo María Cristina Restrepo Editorial El Propio Bolsillo, Medellín, 1989.

Este libro constituye una buena realización literaria y una iniciación recomendable para quien proyecte intentar,
en libros más ambiciosos, un sólido
trabajo narrativo. Si se aspira a escribir buenos relatos y, sobre todo, buenas novelas, debería empezarse con
textos como los recogidos en este
volumen, veraces por su fuerte raigambre autobiográfica, y no con lo
que es más común de lo que

puede pensarse: invenciones artificiosas -toda ficción, por supuesto, es artificio, sólo que éste hace olvidar su naturaleza de tal cuando es convincente, cuando en la lectura su mentira se impone como verdad-, erosionadas ya antes de escribirse por proponerse entrar en cotos temáticos sobre los que el autor tiene sólo ideas vagas o esquemáticas y no una apropiación profunda. No es común iniciar un camino en la literatura con una actitud que sacrifica la ambición al manejo seguro del material narrativo. La pretensión opuesta no puede más que derivar en primeras novelas falsas, a menudo abstractas, sostenidas en historias sin carisma, argumentalmente endebles, fofas, plagadas de personajes irrelevantes y prescindibles.

Sin aspiraciones totalizantes, es también un libro de aparición tardía en la vida de su autora. En compensación, se impone como una elaboración sólida y madura. Las torpezas inevitables en todo aprendizaje, se le han ahorrado a los lectores. No hablamos de maestría sino de madurez, de una escritura exenta de ingenuidades, de errores de construcción o de detalle que empañen el encanto de los retratos que componen el libro. Libro inicial y augurador de mejores cosas, sí, mas también valioso logro, firme comienzo.

Miradas las cosas así podría pensarse que se trata sólo de una búsqueda formal sin compromiso con la vida. Pero hasta el lector más desprevenido sabrá -con ese saber intuitivo que da el arte- que la atractiva sinceridad de todos los textos no puede tener un fundamento extraño a la vida de la autora, a marcas hondas de su infancia y juventud. Se sabe que la referencia autobiográfica, sin embargo, no basta para escribir un buen libro, pues tal cosa depende, ante todo, de un eficaz tratamiento del material (sólo que la sinceridad de la experiencia muy vivenciada tiene, en potencia, una gran capacidad de persuasión), sobre todo cuando del recuerdo se quiere hacer literatura, porque en tal caso los datos de la realidad habrán de ser tocados, trocados y transmutados aquí y allá por la imaginación creadora, por la fuerza del deseo, para las que la simple veracidad es una claudicación: su tarea no es recrear la realidad, es construir una realidad irradiante.